

BLANCA MIOSI

EL RETORNO

EL MANUSCRITO III

amazon publishing

BLANCA MIOSI

EL RETORNO

EL MANUSCRITO III

amazon publishing

Los hechos y/o personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Publicado por:

Amazon Publishing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Abril, 2017

Copyright © Edición original 2017 por Blanca Miosi

Todos los derechos están reservados.

Diseño de cubierta: Lookatcia.com

Imagen de cubierta © Songquan Deng © Grisha

Bruev/Shutterstock; © Jerónimo Alba / Alamy Stock Photo;

© kraphix/Getty Images

Producción editorial: Wider Words

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781503940895

www.apub.com

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Perú y afincada desde hace varias décadas en Caracas, Venezuela, Blanca Miosi es una prolífica autora que en su ya larga carrera como escritora ha conseguido el reconocimiento de la crítica y el público.

En 2004 publicó su primera novela, *El pacto*. Tras quedar finalista en el premio Yo Escribo por *El cóndor de la pluma dorada* y obtener el Thriller Award por *La búsqueda* —novela basada en la vida de su esposo, prisionero superviviente del campo de concentración de Auschwitz—, en 2011 empezó a publicar en Amazon. Desde entonces sus obras se encuentran situadas entre las cien más vendidas de la plataforma. En 2015 fue la invitada especial en el evento Amazon Academy en Madrid como la escritora más vendida en español en la historia de Amazon.

Entre sus títulos figuran también *El legado*, *El rastreador* y la trilogía de El Manuscrito, formada por *El secreto*, *El coleccionista* y *El retorno*. Su trabajo ha sido traducido al inglés, alemán y francés, y próximamente aparecerá en polaco y turco.

Para ponerse en contacto con la autora, su correo electrónico es: blancamiosi@gmail.com

PÁGINAS DE LA AUTORA

Página web:

<http://www.blancamiosi.com>

Blog:

<http://blancamiosiysumundo.blogspot.com/>

Facebook:

<https://www.facebook.com/blancamiosiysumundo/?fref=ts>

Twitter:

<https://twitter.com/BlancaMiosi>

Amazon:

<http://www.amazon.com/Blanca-Miosi/e/B005C7603C/>

A Henry, siempre

ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO V](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO XII](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO XIV](#)

[CAPÍTULO XV](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO XVII](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO XX](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO XXVI](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO XXVIII](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO XXX](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO XXXIII](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO XXXV](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO XXXVII](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO XXXIX](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO XLII](#)

[CAPÍTULO XLIII](#)

[CAPÍTULO XLIV](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO XLVI](#)

[CAPÍTULO XLVII](#)

[CAPÍTULO XLVIII](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO L](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO LII](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO LV](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO LVII](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

Y este es...

AGRADECIMIENTOS

Cuando despertó, el dinosaurio todavía
estaba allí.

AUGUSTO MONTERROSO

PRÓLOGO

*Manhattan, Nueva York
Marzo de 2014*

Cuando empezó a clarear el día, Richard Raising despertó echado sobre el césped de un parque. En esta situación, lo que menos esperaba era encontrar al hombre al que recordaba vagamente haber visto la noche anterior. Le pareció parte de un sueño, pero seguía allí, mirándolo con fijeza, como si tuviera algo importante que decirle, a él, un fracasado a quien su mujer había dejado para irse con alguien que le diera lo que él nunca le dio, porque no estaba preparado para hacerse cargo de nadie. Ni siquiera de sí mismo. Por un momento se sintió parte del cuento de Monterroso y sonrió abiertamente, con ese gesto generoso que tanto agradaba a la gente y que le había causado más de un problema con su mujer.

Pero el hombre de la bolsa negra era real y siguió allí, aunque Richard se frotó los ojos para cerciorarse de que no formaba parte de un sueño. Entonces comprendió que aquel cuento era profundo. Lo había entendido. Toda una historia en solo siete palabras. Y él tenía tanto que contar... Ni más ni menos que una vida agazapada detrás de sus sueños, pero cada cierto tiempo se encontraba con la realidad. Inmutable. Esperándolo, acechándolo, aguardando a que él diera el primer paso hacia el camino definitivo. Sin embargo, cada vez que creía dar ese primer paso, por algún motivo el sendero se esfumaba y surgía otro en su lugar. Y luego otro, y otro.

—Buenos días —dijo el hombre que se hallaba sentado al lado de una gran bolsa negra—. Fue una gran noche, supongo.

Richard se incorporó con dificultad, mientras se esforzaba por enfocar la vista en el desconocido. Su cuerpo entumecido protestó al sentarse. Dobló las rodillas y apoyó las manos atrás, sobre la hierba, para guardar el equilibrio. ¿Cómo habría ido a parar allí? No tenía ni idea. Se pasó los dedos por su frondosa cabellera rubia tratando de aclarar las ideas.

—¿Me creería si le dijera que no recuerdo qué sucedió?

—Sin duda.

El hombrecillo, que al principio Richard había supuesto el fruto de su siempre febril imaginación, parecía tener todas las intenciones de quedarse. Era delgado y mostraba cierto aire de distinción que no acababa de casar con sus ropas poco elegantes. También era bajo, pero no tanto como para ser un enano, y tenía voz; en definitiva, era real.

—¿Pasó la noche aquí? —le preguntó Richard.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro —respondió el desconocido mientras sujetaba un manuscrito en las manos, como si supiera que llamaría su atención.

—¿Y eso? —Señaló el libro con la barbilla.

—Es un manuscrito. Pero supongo que ya lo sabe.

Richard tenía la garganta reseca, al igual que los labios. Miró al sujeto con interés.

—Me refería a... ¿Es usted escritor? —preguntó de pronto, con curiosidad.

—No, no. Vendo libros usados. ¿Le apetece un refresco? —preguntó el hombre. Abrió la enorme bolsa de plástico, sacó una lata de Coca-Cola y se la tendió—. No es lo más apropiado teniendo el estómago vacío, pero es lo que hay.

—Muchas gracias, señor... —Silencio. En vista de que el hombre rehusaba presentarse, lo hizo él—: Soy Richard

Raising.

—Mucho gusto, Richard. ¿Le agradecería leer el manuscrito? Podría interesarle.

—¿De quién es? —preguntó Richard mientras abría la lata y daba un largo trago.

—No lo sé. Me dedico a la compra y venta de libros usados, como le he dicho; simplemente lo encontré entre ellos —respondió el hombre al tiempo que lo observaba con minuciosidad, como si estuviera tasándolo.

Richard miró el manuscrito y sintió el agujonazo de la curiosidad. Lo tomó y lo abrió por la primera página. No tenía título, la hoja estaba en blanco. Pasó a la siguiente y leyó.

CAPÍTULO I

*Château de Tiffauges
12 de septiembre de 1440*

Hacía algunos años que la bebida era su único refugio. Desde la muerte de su adorada Juana, todo carecía de sentido para él, pues si la Iglesia que representaba a Dios era tan abominable, ¿en quién podía creer?

Durante las horas que dedicaba a diario a sus oraciones pedía perdón por todos aquellos a los que había matado en nombre del rey. Lo había hecho por una causa noble, pero ¿acaso por ese motivo los muertos no contaban?, se preguntó. Matar es matar. Juana, en cambio, los había traspasado con su lanza sin remordimientos, pues aseguraba que era el arcángel san Miguel, el patrono de Francia, quien se lo ordenaba. Gilles de Rais, sentado en un rincón de la suntuosa sala de su castillo en Tiffauges, tenía el rostro entre las manos tratando de asimilar lo que se agolpaba en su mente. La confusión y el remordimiento hacían estragos en su conciencia y él apenas conseguía aplacarlos rezando todos los días durante más de tres horas, de rodillas sobre el duro suelo de piedra, con la esperanza de encontrar una respuesta; mas todo era en vano. No era tan puro como lo había sido Juana. Una pureza que no la libró de que la Inquisición la quemara viva en la hoguera, a pesar de ser inocente. Otro motivo para clamar por el perdón de su alma: no logró llegar a tiempo para rescatarla.

Después de haber servido en tantas batallas en las que condujo a sus hombres a la victoria, se veía perseguido por quienes antes habían sido sus amigos. Se arrepentía de ha-

ber dado las excéntricas fiestas en las que representaba las batallas libradas por Juana de Arco. Aquello solo sirvió para exacerbar a sus enemigos y ganarse fama de demente. Y él sabía que ese era el pretexto que necesitaba la gentuza como el duque de Bretaña y el obispo Jean de Malestroit para adueñarse de sus bienes. Un duque que unas veces pactaba con los ingleses y otras con el delfín de Francia, al que Juana y él mismo habían llevado al trono batiéndose a muerte con los ingleses.

No pudo evitar que, una vez más, las lágrimas bañasen su rostro. En ese estado lo encontró Francesco Prelati, el mago que tiempo antes había acudido a su llamada por mediación de los pocos amigos que le quedaban.

—Oh, Gilles, amigo, ¿qué te sucede? ¡Deja ya de culparte por lo que le sucedió a Juana! Ya no tiene remedio, tu principal preocupación ha de ser la salvaguardia de tus bienes, porque al paso que vas el duque Juan de Bretaña se adueñará de Tiffauges, de tu castillo en Machecoul y de todo cuando te queda.

—No puedo hacer nada, no tengo liquidez y las propiedades no me sirven para conseguirla. Han interpuesto una demanda contra mí, me acusan de intentar vender mi castillo de Machecoul a dos compradores diferentes; tienen documentos con mi firma, ¡son unos bastardos!

—Ya sabes que hay una solución. El alquimista que hice traer, Jean Petit, es un hombre sabio, no un charlatán cualquiera; él logrará que obtengas el oro que tanta falta te hace.

—¿Estás seguro? No me gustan tus misas satánicas.

—¿No crees en Satán?

—Por supuesto que sí. Soy católico. Pero el demonio debe seguir en el infierno, no atraerlo para que nos ayude a obtener oro.

—Créeme, es la única forma: la fusión entre lo terrenal y lo divino es otra especie de alquimia. Sé que podemos